



Comentario bibliográfico

John M. MacKenzie, *A Cultural History of the British Empire* (New Haven: Yale University Press, 2022).

Teo Salvarrey

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe – Universidad de Buenos Aires
salvarreyteo@gmail.com

Fecha de recepción: 23/04/2025
Fecha de aprobación: 08/10/2025

A *Cultural History of the British Empire* (2022) es un libro escrito por John MacDonald MacKenzie, un autor que se ha constituido a lo largo de los años como una referencia insoslayable sobre los temas relacionados al Imperio británico, desde el campo de estudios de la historia cultural y ambiental¹. En el año 1984 fundó la serie *Studies in Imperialism* de Manchester University Press, de la cual fue el editor principal hasta el año 2012. A su vez, el uso de fuentes no tradicionales, como la arquitectura o la curaduría de

¹ Cursó sus estudios en Ndola, Zambia, y en la Universidad de Glasgow, Escocia, para luego doctorarse en 1969 en la Universidad de Columbia Británica. Posee múltiples títulos honoríficos en varias universidades escocesas, como St. Andrews, Aberdeen y Edimburgo. A su vez es profesor emérito por la Universidad de Lancaster.

museos, lo constituyeron como una referencia obligatoria para poder pensar al Imperio británico en un sentido más amplio y complejo².

El principal objetivo de *A Cultural History of the British Empire* es desplazar el eje de los estudios más frecuentes sobre el Imperio británico —principalmente referidos a la política, las instituciones, la economía colonial y el militarismo³; así como también de la Historia Pukka⁴— que privilegia la búsqueda de documentos en archivos históricos como la única fuente válida para la interpretación histórica—⁵ para poner el foco en el desarrollo de la cultura imperial, ya que el autor considera que es imposible comprender los fenómenos históricos solamente por los rasgos políticos o económicos, sin tener en cuenta el contexto cultural.

Por este motivo analiza diferentes ejes relacionados con la cultura, articulados no sólo en una amplia temporalidad, que abarca desde el siglo XVIII hasta el XX⁶, sino también en heterogéneos espacios geográficos. Sin embargo, el énfasis no está en la dimensión local sino en la noción de “globalidad del imperio”, lo que implica observar las relaciones que se establecen entre el centro metropolitano y el mundo colonial (tanto los dominios como las colonias). Estos vínculos

2 Es autor de diversos libros, como John M. MacKenzie, *The Partition of Africa* (London: Methuen, 1983); *Propaganda and Empire: The Manipulation of British Public Opinion, 1880–1960* (Manchester: Manchester University Press, 1984); *The Empire of Nature: Hunting, Conservation and British Imperialism* (Manchester: Manchester University Press, 1988); *Orientalism: History, Theory and the Arts* (Manchester: Manchester University Press, 1995); *The Scots in South Africa: Ethnicity, Identity, Gender and Race, 1722–1914* (Manchester: Manchester University Press, 2007); *Museums and Empire: Natural History, Human Cultures and Colonial Identities* (Manchester: Manchester University Press, 2009); *The British Empire Through Buildings* (Manchester: Manchester University Press, 2022), entre otros.

3 Algunos de estos trabajos tradicionales más frecuentes, con los McKenzie que discute son: John Robert Seeley, *The Expansion of England. Two Courses of Lectures* (London: Macmillan, 1883); Niall Ferguson, *Empire: How Britain Made the Modern World* (London: Allen Lane, 2003); Ronald Robinson y John Andrew Gallagher, *Africa and the Victorians: The Official Mind of Imperialism* (London: Macmillan & Company, 1961); Peter J. Cain y Anthony G. Hopkins, *British Imperialism: Innovation and Expansion, 1688–1914* (New York: Longman, 1993).

4 La palabra Hindi, *Pukka*, hace referencia –según Hobson-Jobson en su glosario de palabras y frases coloquiales angloindias– a algo “maduro” o “cocido”, lo que se entiende como “sustancial” o “permanente”. También designa la construcción de edificios construidos con ladrillos y mortero en lugar de barro, esteras o madera. En Henry Yule y A. C. Burnell, *Hobson-Jobson: An Anglo-Indian Dictionary* (London: John Murray, 1886).

5 Aquí discute principalmente contra los historiadores más influenciados por el positivismo, cuya perspectiva priorizaba el foco en la construcción de la verdad histórica por medio de la fuente escrita como elemento privilegiado en el análisis. Algunos de ellos son referentes del campo académico anglosajón, como por ejemplo: G. M. Trevelyan, *English Social History: A Survey of Six Centuries (Chaucer to Queen Victoria)* (New York: Longmans, Green and Company, 1942), xii, 628; o Bernard Porter, *The Absent-Minded Imperialists: Empire, Society, and Culture in Britain* (Oxford: Oxford University Press, 2004), xxviii, 475.

6 El recorte temporal busca observar el auge y caída de la idea de “globalidad del imperio”. En el siglo XVIII habrían comenzado los sueños modernos de expansión, mientras que el siglo XX estaría signado por la caída de esa pretensión de una “cultura global”.

son entendidos a lo largo del libro como una relación fluida y de largo alcance. La obra está dividida en nueve capítulos, los cuales ponen el foco en diversas formas culturales que permean tanto al centro como la periferia: el ceremonial imperial, los deportes ecuestres, los deportes en equipo, las artes del imperio y de las naciones (principalmente la pintura), las estatuas y esculturas, la fotografía, la prensa, el teatro y, por último, el cine y la radio. A su vez, en la introducción despliega las herramientas analíticas, así como también los objetivos del libro, y en la conclusión recupera la trama central de la obra para reafirmar el desarrollo.

La preocupación principal del autor se sostiene sobre la premisa de que ciertas manifestaciones globales no fueron estudiadas de manera correcta en sus diversas formas materiales (lo que podríamos llamar soportes, es decir, el medio sobre el que se manifiesta la cultura material, ya sea cultura impresa, fotografía, pintura o cine). Como principal concepto que atraviesa la obra nos encontramos entonces con la llamada “cultura global”, o mejor aún el “sueño de cultura global”⁷. La noción de “sueño” apareja una doble finalidad. Por un lado supone la creación —o pretensión— de una cultural imperial homogénea, diseñada para legitimar y sostener el poder del centro, al tiempo que procura generar una unidad cultural y política en un mundo fragmentado y dispar. Por el otro, pone en discusión y tensa las nociones unidireccionales en las que el colonialismo se presenta con proyección totalizante, y desplaza el énfasis hacia el movimiento de estas tendencias culturales y de su reapropiación y transformación en espacios colonizados. Estos espacios se analizan en una jerarquía diferencial: los dominios blancos, la India y las colonias formales. De este modo, las poblaciones nativas e indígenas se ven dotadas de agencia, brindando en consecuencia una actividad consciente en las estrategias de adopción, adaptación, reapropiación y desafío subvertido de las prácticas culturales metropolitanas (p. 8). Una subversión que resignifica el campo cultural, retomando ciertas formas que podríamos llamar “importadas” (p. 34), lo que genera una síntesis propia que en muchos casos adquiere un fuerte énfasis en las construcciones nacionales⁸.

7 Sueño (*Dream* en el original), denota algo en potencia, algo a construir: expectativas por sobre las realidades de un proyecto amplio que en cierta manera termina inconcluso o atrofiado, en referencia al designio inicial. Algo del carácter de la pretensión imperial se desdibuja y subvierte, quedando en el plano de lo imaginado o deseado.

8 Cuando el autor enfatiza el rol nacional, lo hace sosteniendo que muchas de esas formas culturales novedosas que surgen producto de la hibridación adquieren una potencia cultural propia en los discursos nacionalistas y en la fundación de Estados nacionales en el sentido moderno.

El autor esgrime otro concepto que nos acompañará a lo largo del libro y que es de vital importancia: la idea de “performatividad del imperio”. Este término contiene algunas características esenciales: en primer lugar, para la élite y los gobernantes implicaba el convencimiento moral y ético sobre la singularidad de la expansión colonial. En segundo lugar, era necesario convencer a la población británica para fomentar la legitimidad social del proyecto. Para esto existieron varias estrategias de representación con proyección global, como pueden ser la representación monárquica en estampillas, estatuas, pinturas, ilustraciones, en los *newsreels* o en el cine. En tercer lugar, suponía desplegar una performatividad dentro de las colonias, con el objetivo de cooptar el imaginario local como elemento fundamental para garantizar que los localismos no socavaran la pretensión global. En cuarto lugar, a su vez, este dispositivo debía mostrar a los colonizados lo que se entendía como “la gran fuerza moral de Occidente”, por lo que debía desarrollarse un aparato que se encargara de mostrar esta “superioridad” del poder imperial, y por tanto hacer que la posibilidad de resistencia se supusiera como un caso perdido.

Transversal al libro es la reposición de herramientas interdisciplinarias, y su uso para afianzar una correcta conceptualización del fenómeno a estudiar. El autor entiende la “cultura” de diferentes maneras, acercándose a la relación con el arte, pero también llevándola más allá. En este sentido, la cultura se puede definir desde lo performativo, desde lo visual, y también lo material en articulación con los modos en que estas formas llegan a un público más general. MacKenzie añade la noción de inserción en un contexto social, intelectual, político y económico particular; y agrega la idea de que las culturas imperiales operan en contextos quizá demasiado particulares, como pueden ser el marco de las relaciones de dominación-sojuzgamiento-subordinación. Esgrime un término poroso, que implica a su vez acción: intercambios conscientes, como asimismo la posibilidad de aceptación, de oposición y resistencia. Estos intercambios se denominan “tráfico cultural”: lo que en apariencia es unidireccional (metrópoli-colonia), prontamente se revelará como internacional y multi-direccional. Otro concepto que atraviesa el libro viene en rescate del primero, el de “economía emocional” (pp. 22-23). El mismo refiere a un sistema de valores, prácticas y narrativas que movilizan el apoyo al imperio y justifican acciones políticas gracias al recurso estratégico de la apelación a la emoción. No es de carácter individual,

sino colectivo, gracias a la manipulación y circulación en la esfera pública de ciertos rasgos que refuerzan la ideología imperial⁹.

No menos importante es que el autor establece una serie de discusiones que retoman conceptos claves relacionados con el Imperio británico y la cultura. Es por eso que rastrea y esquematiza en la introducción tres marcos diferentes que nos acompañarán a lo largo de la lectura para el estudio del auge y caída de una cultura global: la noción de “imperialismo cultural”, de “cultura imperial” y la “cultura del imperio”.

El primero está relacionado con un despliegue consciente de desarrollo cultural en el Imperio en miras a la creación una gran comunidad unida por las mismas ideas sociales, religiosas, legales y políticas. Esto daría cuenta de un centro siempre simbólico, como podría ser la monarquía.

El segundo es el producto de la estabilización del imperialismo cultural, lo que haría más eficiente los objetivos económicos ya que estarían todos unidos en una comunidad cohesionada cuya prevalencia sería algún tipo de interés común. El último, la cultura del imperio, está relacionado con los instrumentos de difusión.

Con todo esto, el libro enfatiza y pone en discusión la imposibilidad de pensar en términos culturales en sentido “puro”, ya que siempre se someten a procesos de reinterpretación, interacción e hibridación marcados por el carácter histórico de cada sociedad, es decir: la hibridez depende de los diferentes contextos ambientales, geográficos y políticos en cada sociedad con sus particularidades. El autor, clásico en los estudios culturales británicos, desplaza así el foco de atención de sus trabajos más tempranos —preocupados por los efectos de la propagación del ideal imperial dentro de la metrópolis¹⁰— hacia un marco global e interaccionista, con énfasis en la periferia (p. 29).

Respecto del primer capítulo, sobre el ceremonial imperial —que podía incluir desde los actos de posesión de una nueva colonia, hasta los *tours* reales a diferentes lugares del Imperio, como

9 Joanna Lewis, *Empire of Sentiment: The Death of Livingstone and the Myth of Victorian Imperialism* (Cambridge: Cambridge University Press, 2018).

10 Véase John M. MacKenzie, *Propaganda and Empire. The manipulation of British public opinion, 1880-1960* (Manchester: Manchester University Press, 1984).

la India—, el autor destaca que su principal función estaba relacionada con representar un ideal de unidad imperial. No sólo eso, sino también con lograr que los súbditos formaran parte de un “fenómeno universal”, ya que los espectadores y los participantes estarían mancomunados en una adhesión simbólica bajo la misma idea (p. 42). No obstante, MacKenzie explica que muchos componentes del ceremonial británico de los *tours* reales, por ejemplo, fueron tomados de formas ceremoniales indígenas. Asimismo, resalta que algunos jefes nativos utilizaban estos momentos de gran exhibición de poder para subvertir las relaciones establecidas y marcar su propia agencia en un entramado complejo, y que muchas veces estos contextos servían para promover ventajas locales. En este marco, se piensa que quizá el despliegue ceremonial no tuvo el efecto deseado, sino que en verdad sirvió para demostrar un extrañamiento con respecto a la cultura imperial, y con ello generar tendencias localistas y nacionales (p. 71).

Con los deportes ecuestres se pone el foco en la caza y carreras de caballo como una actividad identificada con los colonos —acompañada de un particular intento de no diseminación— y con ello a la reproducción de categorías racializadas. Los caballos solo podían ser montados por europeos, y los nativos siempre actuaron como auxiliares, a excepción de algunos casos en los que la élite nativa tuvo acceso, generando una separación simbólica de clase (p. 77).

Al escribir sobre los deportes en equipo —principalmente el cricket y el fútbol— se observa su lugar privilegiado en la diseminación de ideales imperiales, ya que los colonizadores sostenían que era un buen instrumento para modificar los rasgos constitutivos de la conciencia de los nativos, así como también para estimular la disciplina. Por otra parte, la apropiación local ha ido demostrando su conversión en un medio de expresión fundamental de identidades emergentes y nacionales (p. 110). A su vez, los deportes, tanto en el ámbito rural como en el urbano, fueron el primer producto cultural en quebrar la separación de las “supuestas” racial, ya que muchas veces en los deportes de equipo tanto colonizadores como colonizados tenían un lugar, generando así un espacio de encuentro.

Al mencionar las artes del imperio nos encontramos con una aclaración preliminar que es por demás significativa: el rol de la omisión aquí es a veces tanto o más importante que aquello representado. Es por ello que al estudiar el arte pictórico como fuente histórica debemos prestar

atención no sólo a lo que es escenificado simbólicamente —aquello que nos quieren mostrar en la representación—, sino también indagar en los silencios o censuras.

Principalmente este tipo de arte estaba relacionado con lo “exótico”, para llevar a la metrópolis una imagen de terrenos distantes y desconocidos. A su vez, es un punto en el cual el autor indica que no se logró generar una uniformidad simbólica del imperio como un todo integrado. Estas técnicas fueron adoptadas por los nativos con velocidad (p. 140) y, con el tiempo, la reappropriación del arte pictórico por parte de los locales significó la creación de culturas nacionales distintivas, con tradiciones representativas propias que dejaron de lado la tradición europea (p. 175).

El uso de estatuas y esculturas fue central en el intento de diseminación de un ideal imperial. Los memoriales y la celebración de actos heroicos del imperio estaban por todas partes: plazas, edificios públicos, colegios. Los colonos sentían fascinación por ellas y servían también para resaltar las relaciones de dominio en las colonias (p. 179). Por otra parte, este campo se tornó un lugar de batalla durante las descolonizaciones, convirtiéndose en foco de particulares reacciones contra los vestigios del antiguo poder como centro privilegiado de la subversión del símbolo.

Respecto de la fotografía —cuya era comienza en 1850— se enfatiza su componente multifaético, ya que fue utilizada en sus comienzos para el registro etnográfico, el desarrollo topográfico, la difusión de ideologías imperiales, la exhibición de los avances del trabajo misional y como medio de propaganda gracias a la *magic lantern* —un conjunto de diapositivas transportable que proyectaba las imágenes, servía para contar historias y como vehículo ideológico—. Su primera función estuvo relacionada con la antropometría como fundamento del darwinismo social, aunque sin embargo rápidamente se convirtió en un vehículo de resistencia cultural. Es así como el autor sostiene que la fotografía era el arma ideológica por excelencia del imperialismo —en términos de género, religión, de objetivación de la población indígena y como herramienta cultural y social—. Ahora bien, también menciona que la fotografía develó narrativas emocionales del imperio, enfatizando sus vínculos con el humanitarismo. En este punto, los nativos colonizados desarrollaron estrategias de subversión sutiles, como es el ejemplo de Lala Deen Dayal, que gracias a sus imágenes fue capaz de proponer un tipo de “modernidad alternativa” (p. 216).

La prensa significó en una instancia inicial un instrumento privilegiado de transmisión de la información europea, pero que con presteza fue reappropriado como medio de resistencia y contradeología, lo que contribuyó a la creación de identidades tanto locales como nacionales. El autor, como saldo en su desarrollo, minimiza el rol de la circulación de periódicos, ya que analizó por medio de estadísticas la proporción de noticias europeas en comparación a las coloniales, siendo las primeras mínimas en relación con las segundas (p. 253).

El teatro occidental se difundió velozmente a lo largo y ancho del Imperio, y su recepción por parte de las poblaciones locales tuvo rasgos variopintos. Es un fenómeno complejo de estudiar, según el autor, debido a la dificultad de evaluar las redes de producción, distribución y recepción. A su vez, el movimiento transnacional de los actores y actrices y los marcos locales de desarrollo, entre otros, enmarañan el asunto (p. 263). Los nativos siempre tuvieron sus formas de narración, que entraron en contacto con la narración shakespeariana clásica, generando síntesis diversas y únicas en sus puntos de contacto.

Por último, MacKenzie escribe sobre el cine y la radio. Respecto del primero llama nuestra atención acerca de los efectos que tuvo sobre la cultura imperial, así como también su función inicial como un medio conservador. Asimismo, indaga sobre las diferencias entre el movimiento de cine documental y de ficción. En el período de entreguerras este sirvió, por un lado, como medio para la educación de los nativos —como el cine misional de la *Bantu Educational Kinema Experiment* que buscaba concientizar sobre enfermedades como, a su vez, sobre cuestiones morales— y, por otro lado, reafirmaba la distinción racial. En un contexto particular de competencia con los Estados Unidos por el mundo de la representación, el cine funcionaba como un importante instrumento propagandístico. Aquí, según el autor, quizá debido al componente técnico hubo que esperar al período de las descolonizaciones para la reappropriación de este medio por los nativos. La radio, por su parte, tuvo un rol fundamental en la creación de un sentimiento de britanidad entre los emigrados.

Con todo esto, el autor resalta las nociones de capital cultural, de tráfico cultural y de disseminación de ideas en un contexto en el que la cultura aparece como un campo poroso. El Imperio británico habría fallado en su propensión de crear una cultura homogénea e incuestionable, ya

que cada uno de sus componentes fue procesado como materia prima en un producto cultural no-vedoso (p. 317). El capital cultural supo ser un significativo sostén psicológico para los colonos y emigrados, a la vez que funcionaba como un sistema abierto a modificaciones e hibridaciones, lo que dio lugar a nuevas identidades (p. 318). Es así que el movimiento no era unidireccional, sino de multi-dirección, generando efectos recíprocos del Imperio también en el Reino Unido (p. 323).

A modo de cierre me gustaría mencionar que han habido algunas críticas a su trabajo. Jean-Pascal Daloz llama la atención sobre cierta arbitrariedad en la elección de los temas, como también acerca de una poca exhaustividad en su abordaje. A su vez sostiene que es una perspectiva predominantemente británica, no otorgando a los nativos la misma profundidad analítica¹¹. Otros, como Saul Dubow, juzgan la falta de un marco teórico bien articulado, ya que no menciona discusiones con las teorías de la post-colonialidad¹². No obstante, creo que esta obra nos ayuda a pensar las relaciones imperiales desde nuevas perspectivas. El aporte que realiza MacKenzie en este libro es de significativa importancia, ya que brinda dinamismo a los estudios culturales del Imperio británico desde varios puntos de vista. Por un lado, acuñando conceptos como el de “globalidad del imperio”, el autor cambia el foco de las realidades nacionales particulares hacia otro de carácter holista, en el que no podría entenderse el proceso cultural estudiando solamente sus manifestaciones particulares. Es por ello que establece un patrón de estudio de dinámica relacional, susceptible a cambios vehiculizados en ambas direcciones. De esta manera, las lógicas de recepción y transformación permiten entender a los nativos de las colonias no como sujetos pasivos, sino con agencia propia en las relaciones de porosidad cultural. Por otro lado, agrega también un componente esencial: el concepto de “tráfico cultural”, lo que supone que el nexo entre la metrópoli y el Imperio dejaría de ser unidireccional. Evidencia entonces que la realidad metropolitana estuvo sujeta a cambios culturales a lo largo de los trescientos años estudiados, lo que generó apropiaciones también por parte de los colonizadores.

11 Jean-Pascal Daloz, “John M. MacKenzie, *A Cultural History of the British Empire*,” *Revue d'histoire culturelle* 7 (2023).

12 Saul Dubow, “Review of *A Cultural History of the British Empire* by John M. MacKenzie”, *The American Historical Review* 129, 1 (2024): 245–247.